

Sobreviviendo a la tormenta (27.21—28.2)

El viaje de Pablo a Roma dio inicio sin ningún incidente, al viajar éste con sus compañeros de barco hacia el norte, saliendo de Cesarea a lo largo de la costa. Al salir de Sidón, no obstante, y al tratar de navegar hacia el oeste, fueron golpeados por vientos contrarios. Después de varias semanas de lograr poco avance, fueron arrastrados hacia el Sur hasta la isla de Creta, donde encontraron refugio temporal en Buenos Puertos. Cuando trataron de navegar hacia una bahía más adecuada, fueron atrapados por una tempestad —una tempestad que parecía de nunca acabar.

Día infeliz tras día infeliz, noche aterradora tras noche aterradora, subían y bajaban montañas marinas. La espesas nubes sin romperse les impedían ubicarse: el capitán no tenía idea de la posición del barco... El cargamento principal de trigo se había mojado completamente —los sacos eran demasiado pesados y estaban empapados para moverlos dentro de un barco que subía y bajaba, y aumentaban cada vez más de peso.

El nivel del agua subió, el barco se asentó más abajo, hasta que en el onceavo o doceavo día de la tempestad “ya [habían] perdido toda esperanza de [salvarse]”. El hundirse era inevitable ahora —era cuestión de unos pocos días, a lo más, aún si la tormenta amainaba— y significaría la pérdida de todas las manos si abandonaban el barco.¹

Muchos de ustedes saben perfectamente cómo se sentían ellos. Cada uno de ustedes ha estado ya en una tempestad, lo está ahora mismo, o lo estará

eventualmente: tempestades domésticas, tempestades económicas, tempestades de negocios. Las tempestades se desatan dentro de nosotros cuando recibimos un informe malo del doctor, cuando un chico le vuelve sus espaldas a todo lo que creemos, cuando somos traicionados. Algunos de ustedes saben lo que significa perder la esperanza.

Cuando dimos inicio al relato sobre el viaje de Pablo a Roma, nuestro énfasis fue sobre los vientos contrarios y sobre la tempestad. Ahora echemos una mirada a la manera como Pablo sobrevivió a la tempestad —y a la manera como usted puede sobrevivir a la suya. Cuando las tempestades de la vida azotan, ¡usted necesita saber que no está solo!

ESPERE LA POSIBILIDAD²

Si usted ha de sobrevivir a las tempestades de su vida, debe primero prepararse mentalmente para el hecho de que vendrán. Aunque Pablo se encontraba exactamente donde se esperaba que debía estar —en el camino a Roma para dar testimonio del nombre de Jesús— los vientos contrarios todavía soplaban. Inevitablemente la tempestad vino. La lluvia cae sobre los justos y los injustos (Mateo 5.45); las tempestades se desatan sobre las cabezas de ambos, los buenos y los malos. Las tempestades no significan que usted ha sido abandonado por Dios; ellas sencillamente son parte de la vida —son parte del plan de Dios para hacerlo a uno, una mejor persona. Si ellas lo obligan a caer de rodillas, entonces quizás fue de rodillas, que

¹ John Pollock, *The Apostle: A Life of Paul* (Wheaton, Ill.: Scriptures Press Publications, 1985), 280. ² Los cinco puntos principales de esta lección fueron adaptados de tres sugerencias dadas por Jack Graham en un sermón por televisión con “Power Point” titulado: “Cómo derrotar las tinieblas”.

debió haber estado.

EXPRESA LAS PROMESAS (27.21–26)

Cuando Pablo fue obligado a caer de rodillas por la desesperanza, él comenzó a orar, recibió una promesa de Dios. Retomamos el relato al día siguiente, cuando el apóstol se aprestaba a compartir aquel mensaje de esperanza: “Entonces Pablo... puesto en pie en medio de ellos, dijo: ‘Habría sido por cierto conveniente, oh varones, haberme oído, y no zarpar de Creta tan sólo para recibir este perjuicio y pérdida’” (v. 21b). (El propósito de Pablo era no tanto regañarlos sino urgirlos a no cometer el mismo error nuevamente). Entonces sus palabras de confianza se dejaron oír por encima del ulular de la tempestad:

Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel³ del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César;⁴ y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo. Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se ha dicho (vv. 22–25).

En apariencia, Pablo había estado orando no sólo por su propia seguridad, sino, por la seguridad también, de todos los que se encontraban a bordo —y Dios respondió la oración.⁵ Cuando usted se encuentre en medio de una tempestad, recuerde que usted no es el único azotado por la vida (1 Corintios 10.13a). Ore por los demás así como ora por usted mismo (Santiago 5.16); nada hunde a un hombre más rápidamente, que su egocentrismo.

La promesa de Dios contenía buenas y malas nuevas: Sus vidas serían salvadas, pero la nave se perdería. Pablo añadió: “Con todo es necesario que demos en alguna isla” (v. 26). Dios prometió que ellos se salvarían, pero ello no significaba que sería fácil. Había momentos difíciles adelante —pero la promesa de Dios los sustentaría.

Dios también tiene un mensaje de esperanza para nosotros. Usted y nosotros no vamos a tener

un visitante celestial como lo tuvo Pablo, pero tenemos de Dios, sus “preciosas y grandísimas promesas” (2 Pedro 1.4; véase también Hebreos 8.6)—y el mensaje es el mismo: “Confiad” (Salmos 27.14; Juan 16.33)! El problema no es que el Señor no nos haya dado confianza.⁶ El problema es que demasiado a menudo carecemos de la fe de Pablo quien dijo: “Yo confío en Dios que será *así* como se me ha dicho” (Hechos 27.25b; énfasis nuestro; véase también Juan 20.27).

Si hemos de soportar las tempestades de la vida, entonces necesitamos expresar las promesas de Dios. En primer lugar necesitamos expresarnos tales promesas a nosotros mismos, una y otra vez, para imprimirlas en nuestras mentes y corazones. Puede ser que incluso, queramos escribirlas y pegarlas donde las podamos ver cada día. Luego, tal como Pablo lo hizo, necesitamos compartir estas promesas con otros.

Si expresamos las promesas, ¿significará ello que nuestros problemas desaparecerán como el proverbial soplo de humo? Probablemente no. El anuncio que Pablo hizo, del mensaje de esperanza de Dios, no hizo que el mar se calmara. Las nubes no se dispersaron de modo que los marineros pudieran orientarse. Nada a lo externo cambió; la tempestad continuó rugiendo. El cambio fue *a lo interno* —un cambio de actitud. Es seguro que toda la diferencia la marcó este cambio, tanto en Pablo, como en todos los que creyeron. Cuando ustedes y nosotros ponemos nuestra confianza en las promesas del Señor, durante las tempestades de la vida, rara vez hay un cambio a lo externo; las circunstancias permanecen casi iguales. La verdadera diferencia se da a lo interno: ¡Llegamos a conocer “la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4.7a)!

EXHIBA LA PRESENCIA (27.27–37)

El ángel le había dicho a Pablo que el barco “[daría] en alguna isla” (v. 26). Esa isla fue Malta (28.1), la cual se encuentra a ochocientos kilómetros, aproximadamente, al oeste de donde la tempestad los había comenzado a azotar. Échele una mirada

³ Usualmente era el Señor mismo el que se le aparecía a Pablo. La razón, tal vez, por la cual fue enviado un ángel en lugar de Jesús, fue porque los compañeros de barco de Pablo siendo paganos, es más probable que comprendieran la frase “Un ángel me ha dicho” y no la frase “Jesús me ha dicho”. Sin embargo, el mensaje de esperanza era básicamente el mismo (véase 18.9–10; 23.11). ⁴ Este mensaje le añadió una nota al anterior mensaje de confianza: Jesús había dicho que Pablo definitivamente iría a Roma (23.11); el ángel dijo que en Roma, Pablo, definitivamente, comparecería ante César. ⁵ Dios no le había “concedido” todos los que estaban a bordo en el sentido de que todos se convertirían en cristianos, sino, en el sentido de que sus vidas serían salvadas. Lo siguiente fue lo que F.F. Bruce comentó: “La sociedad humana no tiene idea de cuánto debe, en la misericordia de Dios, a la presencia de hombres y mujeres justas” (*The Book of Acts, The New International Commentary on the New Testament*, rev. ed. [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1988], 488). Existen más ejemplos de cómo los justos ayudan a preservar a los injustos, véase Génesis 18:26–32; 30.27; 39.5. ⁶ Véase Salmos 34.18; 145.18; Isaías 41.10; 43.1–5; Romanos 8.38–39.

al mapa que se encuentra al final de esta edición; Malta es un punto en el Mediterráneo. Al haber sido arrastrado el barco, de un lado para otro (27.27), cómo es posible que diera con ese diminuto pedazo de tierra? Dios era el navegante. Dios estaba haciendo uso de los mismos vientos, que amenazaban con destruir la nave y a sus pasajeros, para guiarlos a ese destino (Romanos 8.28). Dios no abandona a los suyos; él continúa obrando en sus vidas.

“Venida la decimocuarta noche, y siendo llevados a través del mar Adriático,⁷ a la medianoche los marineros sospecharon que estaban cerca de tierra” (v. 27). Es probable que ellos pudieran oír el sonido de las olas rompiéndose en la playa. “Y echando la sonda,⁸ hallaron veinte brazas [36 m]; y pasando un poco más adelante, volviendo a echar la sonda, hallaron quince brazas [27 m]” (v. 28). Aquí había más buenas y malas nuevas: Las buenas nuevas es que se estaban acercando a tierra; las malas nuevas es que el peligro acechaba en la oscuridad. “Y temiendo dar en escollos, echaron cuatro anclas⁹ por la popa” (v. 29a). Normalmente, los barcos eran anclados por la proa (el frente del barco), no por la popa (la parte de atrás). No obstante, dado que el viento estaba soplando en dirección a tierra, anclaron el barco donde la tempestad lo mantuviera de cara a la orilla.

Habiendo hecho lo que pudieron para proteger el barco, “ansiaban que se hiciese de día” (v. 29b). Literalmente “oraban por el día”. Puede ser que usted también haya tenido malas noches en las que percibía el peligro en la oscuridad, cuando parecía que Dios estaba lejos, cuando parecía que la noche nunca acabaría.

En algún momento de la noche, la tensión abrumó a los asustados marineros. Se les olvidó el tradicional código marinero de permanecer en el barco; se olvidaron de todos los demás excepto de sí mismos. “[Aparentando] como que querían largar las anclas de proa”, “[echaron] el esquife al mar” (v. 30c, d), con la intención de remar hasta la orilla

—era un desesperado plan, casi seguramente destinado a fracasar en la tempestuosa oscuridad.

Pablo, quien se encontraba sobre cubierta, tenía suficiente experiencia con barcos y tempestades de modo que no podía ser engañado por la farsa de los marineros. El anclar el barco desde la proa, cuando ya había sido anclado desde la popa, era innecesario y podía causarle daño al mismo. Como “los marineros [procuraban] huir de la nave... Pablo dijo al centurión y a los soldados: ‘Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros’” (vv. 30–31). Sin marineros que navegaran al día siguiente, ellos tendrían poca esperanza de sobrevivir.¹⁰ Los soldados, rápidamente, “cortaron las amarras del esquife y lo dejaron perderse” (v. 32), eliminando eficazmente cualquier intento posterior de desertión.¹¹

Conforme la noche pasó, la confianza, de todos los que estaban a bordo, se desvaneció; si los experimentados marineros estaban asustados, ¿no deberían todos estar asustados? Justo antes del amanecer, Pablo se hizo cargo, nuevamente, dando inicio a un programa para levantar los espíritus:

El paso número uno fue fortalecer sus cuerpos —pues lo que afecta al cuerpo, invariablemente afecta al espíritu.¹² Les animó a comer, diciéndoles: “Éste es el décimo cuarto día que veláis y permanecéis en ayuno, sin comer nada.¹³ Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud” (vv. 33b–34a). En otras palabras, “ustedes necesitan sus fuerzas si han de sobrevivir”.

El paso número dos fue fortalecer sus espíritus —pues lo que afecta al espíritu, invariablemente afecta al cuerpo: Nuevamente les expresó la promesa de Dios, asegurándoles que “ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de [ellos perecería]”¹⁴ (v. 34b).

El paso número tres fue, tal vez, el más importante: Les demostró que *él* creía en la promesa; les mostró que *él* realmente creía que Dios estaba con ellos. “Tomó el pan y dio gracias a Dios en

⁷ No se confunda éste con el mar Adriático que se encuentra entre Grecia e Italia. Según autores antiguos, este “mar Adriático” era una de las designaciones que se le daba a la sección este central del Mediterráneo. ⁸ Los sondeos de profundidad se hacían con cuerdas con lastre que tenían nudos a una braza de distancia el uno del otro. ⁹ Es probable que usaran la mayoría de las anclas que había a bordo con el fin de evitarse encallar en las rocas ocultas. ¹⁰ Otras condiciones pueden haber hecho necesario que ellos permanecieran a bordo. Tal vez la promesa de Dios de que no habría “ninguna pérdida de vida” (v. 22) suponía que todos estarían juntos. ¹¹ Es probable que al día siguiente desearan poder tener el bote para usarlo en transportarse hasta la orilla, pero su drástica acción sirvió el propósito en ese momento. ¹² Éste puede ser un buen lugar para ampliar la idea de fortalecer el cuerpo. Nuestra experiencia nos ha enseñado que las personas que sufren serios trastornos emocionales, a menudo tienen problemas físicos, los cuales contribuyen a empeorar su condición emocional. ¹³ Es probable que hubiesen comido algunos bocados de vez en cuando, pero que no tuvieran ninguna comida regular (véase las notas sobre el versículo 21 en la lección anterior). Las palabras de Pablo deberían, probablemente, ser tomadas en el mismo sentido que lo serían las de una madre que le protesta a su hijo que apenas toca la comida: “¡No has comido siquiera un bocado!”. Se ha sugerido que la tripulación y pasajeros paganos habían estado ayunando para aplacar a sus dioses, pero no hay nada en el texto que indique esto. ¹⁴ Ésta es una expresión bien conocida (1 Samuel 14.45; 2 Samuel 14.11; 1 Reyes 1.52; Lucas 21.18).

presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer” (v. 35).¹⁵ La serenidad de Pablo era tan contagiosa como lo había sido el miedo de los marineros: Y “Todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también” (v. 36). ¡Qué escena fue aquélla: Un misionero de baja estatura dando gracias a Dios por un desayuno en la madrugada servido para tres cristianos y 273 paganos!¹⁶ Así fortaleció sus almas —pues lo que afecta al alma, invariablemente, afecta tanto al cuerpo como al espíritu.

Si hemos de aguantar la tempestad, al igual que Pablo, debemos exhibir la presencia de Dios en nuestras vidas.¹⁷ Debemos permitir que otros vean que nosotros creemos en las promesas de Dios —y que no importa lo que suceda, estamos confiados en que no se nos ha abandonado. Podemos decir con Pablo “que estamos atribulados... mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, mas no destruidos” (2 Corintios 4.8–9).

DELE CURSO AL PLAN (27.38–44)

Cuando consideramos el comportamiento de Pablo durante la tempestad, nos impresiona lo práctico que era. Dios había prometido que todos los que estaban a bordo se salvarían, pero Pablo no pensó que eso lo justificaba para no hacer lo que podía: Cuando los espíritus estaban caídos, trató de darles ánimo a los demás que se encontraban en el barco. Cuando los marineros fueron necesarios para la navegación, impidió que los mismos escaparan del barco. Cuando todos a bordo estaban cansados, los urgió a comer. Cuando enfrentamos tormentas de la vida, debemos darle curso al plan de Dios —cualquiera que éste sea. Debemos hacer lo que podemos para sobrevivir a la tempestad.

Después de que la tripulación había comido, las fuerzas volvieron y su esperanza fue revitalizada. Comenzaron a hacer preparativos para el amanecer. “Y ya satisfechos, aligeraron la nave echando el trigo al mar” (v. 38). Echaron al mar lo que quedaba de la carga (véase el versículo 18), para que el barco se asentara más alto en el agua y

podiera correr más cerca de la orilla.

El versículo siguiente comienza así: “Cuando se hizo de día...” (v. 39a). Las malas noches pasan. “Cuando se hizo de día, no reconocieron la tierra, pero veían una ensenada que tenía playa,¹⁸ en la cual acordaron varar, si pudiesen, la nave” (v. 39). La tierra estaba a la vista, pero ellos estaban todavía lejos de la seguridad.

Continuando con su preparación, la tripulación tomó tres pasos más: 1) Cortaron las cuatro anclas y “las dejaron en el mar”, pues no las ocuparían más (v. 40a). 2) “[largaron] también las amarras del timón” (v. 40b). Los barcos antiguos, a menudo, tenían dos remos o timones para guiar el curso, que estaban colocados uno en cada esquina de la popa y unidos por una vara de modo que pudiese ser manejado por un hombre al timón. Durante la tempestad, estos timones habían sido levantados fuera del agua y habían sido asegurados con cuerdas. Ahora eran soltados de manera que el barco pudiese ser timoneado. 3) Izaron “al viento la vela de proa” (v. 40c) para ayudarles a timonear y proveer algún empuje con el viento.¹⁹

Estaban todo lo preparados que pudieron estar, así que “enfilaron hacia la playa” (v. 40d). Ellos esperaban acercarse a la orilla, “pero dando en lugar de dos aguas²⁰ [un banco de arena o de rocas justo debajo de la superficie], hicieron encallar la nave” (v. 41a). “Y la proa [una punta a modo de nariz, que se proyectaba hacia adelante], hincada, quedó inmóvil, y la popa se abría con la violencia del mar” (v. 41b).

Al comenzar el barco a desintegrarse, nuevamente el pánico reinó. Esta vez fueron los soldados, no los marineros, los que se asustaron. La ley militar dictaba que si un prisionero escapaba, el responsable de resguardar a éste podía recibir el castigo del mismo.²¹ Dado que algunos prisioneros podía escapar en la confusión y que ninguno de los soldados deseaba ser “forraje para los leones”,²² “los soldados acordaron matar a los presos, para que ninguno se fugase nadando” (v. 42). Planeaban matar a Pablo junto con los demás prisioneros.

¹⁵ Ésta no fue la cena del Señor sino una comida común. ¹⁶ Lucas esperó hasta el versículo 37 para mencionar: “Y éramos todas las personas en la nave doscientas setenta y seis”. Tal vez fue que, en ese momento, alguien hizo un conteo para saber cuánto alimento sacar para el desayuno o para asegurarse de que se pudiera dar cuenta de todos para cuando estuvieran en tierra. ¹⁷ ¡Hasta le podemos seguir la corriente a Pablo y calladamente dar gracias cuando nos encontramos en lugares públicos! ¹⁸ Esta parece ser una de esas raras ocasiones en las que el sitio tradicional es la ubicación correcta. La mayoría de las autoridades en la materia piensan que la “Bahía de San Pablo” que se encuentra en la costa noreste de Malta es donde Pablo y los demás llegaron a la orilla. ¹⁹ “La vela de proa” era una vela pequeña que se encontraba al frente del barco y la cual se usaba tanto para la propulsión como para el timoneo (a diferencia de la vela principal, la cual era principalmente para la propulsión). ²⁰ Dos fuertes corrientes, fluyendo desde direcciones opuestas, habían acumulado arena y/o rocas bajo el agua, lo cual los marineros no pudieron ver. Tales condiciones se dan en la tradicional “Bahía de San Pablo” en Malta. ²¹ Véase las notas sobre Hechos 12.19 en la edición “Hechos, 5” y las notas sobre Hechos 16.27 en la edición “Hechos, 7”. ²² “Forraje para los leones” equivale a comida para los leones. Véase las notas sobre Hechos 27.1 en esta edición.

Cuando los soldados miraron a Pablo con el homicidio dibujado en los ojos de ellos, la vida de éste nuevamente pendía de un balance —pero el Señor le había prometido que comparecería ante César. Esta vez Dios intervino por medio de Julio, el centurión. Evidentemente, el oficial romano había sido instruido en el sentido de darle un tratamiento especial a Pablo, también, había sido impresionado por su comportamiento en tiempos de crisis. Así que “el centurión, queriendo salvar²³ a Pablo, les impidió ese intento”²⁴ (v. 43a). (Durante sus tempestades, el alivio, algunas veces, viene de fuentes inesperadas).

Julio rápidamente dio órdenes de abandonar el barco. “Mandó que los que pudiesen nadar se echasen los primeros, y saliesen a tierra;²⁵ y los demás, parte en tablas, parte en cosas de la nave”²⁶ (vv. 43b–44a).

¿Cree usted que Pablo protestara con palabras como las siguientes: “¡Aguarde un minuto! No esperará que yo salte al agua fría y turbulenta, ¿o sí? ¡El Señor me prometió que yo voy a estar a salvo! ¡El Señor me prometió que voy a llegar a Roma! ¿Voy a quedarme aquí mismo hasta que el Señor me rescate?”. Por el contrario. ¡Sospechamos que Pablo fue uno de los primeros en saltar al agua! Nos parece verlo forcejeando contra las olas, nadando (o aferrándose a un pedazo de palo), esforzándose por mantener su cabeza a flote, atragantándose con el agua salada, luchando por abrirse paso hasta la orilla donde por fin se dejó caer exhausto sobre la playa, esforzándose por recuperar el aliento.

Pablo comprendía algo que todos necesitamos comprender: Aunque Dios nos promete la victoria sobre las tempestades de la vida, todavía tenemos una batalla por delante. Dios tiene un plan para nuestras vidas. Él nos ayudará a lograrlo; pero no hace por nosotros lo que nosotros podemos hacer por nosotros mismos. Si su plan dicta que hay que saltar a las aguas frías como el hielo y que hay que nadar para salvar nuestras vidas, él no quiere que digamos: “¡Pero Señor, no puedo nadar!”. ¡Él espera que agarremos el salvavidas de la fe y que saltemos! ¡Si usted ha de sobrevivir las tempestades de la vida, prepárese para darle curso al plan!

EXPERIMENTE LA PAZ (27.44—28.2)

Si estamos dispuestos a someternos a la voluntad de Dios para nuestras vidas, entonces podremos experimentar la paz que sólo él puede dar. Cuando todos saltaron y forcejearon a su paso hasta la orilla, “todos se salvaron saliendo a tierra” (27.44b). Cuando el último hombre, luchando, llegó empapado a la playa, hicieron un segundo conteo de cabezas y hallaron que 276 —la cantidad original— ¡se habían salvado! Tal como se había anunciado, no hubo “ninguna pérdida de vida”; ¡“ni aun un cabello de la cabeza de ninguno” había perecido (vv. 22, 34; énfasis nuestro)! La coincidencia no lo podría explicar; el análisis estadístico lo consideraría imposible. Sin embargo, era real. Cuando Dios hace una promesa, usted puede apostar su vida a ella (véase 1 Reyes 8.56). Si ello no le trae paz, ¡nada se la traerá!

Cuando los sobrevivientes del desastre tuvieron la oportunidad de mirar a su alrededor, se dieron cuenta que no habían llegado a Italia pues, “estando ya a salvo, [supieron] que la isla se llamaba Malta” (28.1). No obstante, Dios estaba cuidándolos, de modo que Lucas pudo informar de cómo “los naturales [los] trataron con no poca humanidad” (v. 2a). Puede ser que el cristiano no sepa lo que la jornada de mañana traerá, pero sabe quién es el que viajará con él. Así que, el cristiano tiene “siempre paz en toda manera”.²⁷

CONCLUSIÓN

Si usted está actualmente luchando con una tempestad en su vida, entonces puede ser que usted quiera hacer, de las siguientes palabras del salmista, su lema: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí?” (Salmos 42.5a); “... espera en Dios porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Salmos 43.5b).

En esta lección, hemos hecho varias sugerencias para sobrevivir a la tempestad: 1) Espere la posibilidad de una tempestad —así la tempestad no le cogerá por sorpresa. 2) Exprese las promesas de Dios —así la tempestad no lo sorprenderá sin estar preparado. 3) Exhiba la presencia de Dios —así la tempestad no lo encontrará desprotegido. 4) Dele curso al plan de Dios —así la tempestad no lo hará

²³ No encontramos indicación de que el centurión estuviera preocupado por ninguno del resto de los prisioneros. Los otros prisioneros le debían sus vidas a Pablo una vez más. ²⁴ Tal vez el centurión oyó accidentalmente del plan de los soldados y los detuvo, o tal vez los soldados le pidieron permiso para matar a los prisioneros y Julio no se los dio. Esta última posibilidad parece la más probable. ²⁵ Se ha sugerido que él probablemente hizo que los soldados que pudieran nadar salieran primero, de manera que éstos pudieran recoger a los prisioneros conforme llegaban a la playa. ²⁶ Pablo, como sobreviviente de tres naufragios, pudo haberle dado esta estrategia. Es probable que Pablo hubiese sobrevivido “una noche y un día... en alta mar” (2 Corintios 11.25) por medio de abrazarse a restos del barco que se había hundido. ²⁷ Véase 2 Tesalonicenses 3.16; véase también Salmo 29.11; Juan 14.27; 16.33; Romanos 1.7; 2.10; Colosenses 3.15.

lucir desobediente. 5) Experimente la paz de Dios —así la tempestad no lo dejará sin recompensa. El secreto para la sobrevivencia está en mantener la fe en Dios —la clase de fe expresado por Pablo:

Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: “Pablo, no temas”;... Tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho (27.23–25).

¿Resultó todo exactamente como a Pablo se le dijo? Piense en aquellas 276 personas calentándose al fuego en una playa y sepa que ¡Dios cumple su palabra! Escriba las siguientes palabras en su corazón: “Confío en Dios que será así como se me ha dicho”. Con tal clase de fe, ¡usted podrá aguantar cualquier tormenta!²⁸ ◆

NOTAS PARA MEDIOS VISUALES

Esta lección ilustra la relación entre la gracia de Dios y la responsabilidad humana: Dios le concedió a Pablo, todos los que estaban a bordo, pero el apóstol todavía necesitaba hacer lo que podía para asegurarse de que ellos llegaran a la orilla a salvo. Si usted vive en una área en la cual se usan cheques personales en blanco, he aquí una ilustración visual que usted puede querer usar: muéstrele un cheque en blanco a su clase. Pídale a cada uno que suponga que usted le giró un cheque, *dándole* una gran suma de dinero (la cual no ha ganado). No obstante, cuando recibió el cheque, sería necesario hacerlo efectivo y usar el dinero para aprovechar el regalo. Así también, la salvación es un regalo; pero debemos obedecer a Dios (hacer lo que podamos) para apropiarnos del regalo.

NOTAS PARA SERMÓN

Podríamos resumir la fe (27.23–25) que le permitió a Pablo sobrevivir a la tempestad, de la siguiente manera: 1) reconozco la presencia de Dios (“ha estado conmigo”); 2) soy posesión de Dios (“de quien soy”); 3) Dios me ha dado un propósito (“a quien sirvo”); 4) Dios me ha dado una promesa (“es necesario que comparezcas ante César”).²⁹

La mención incidental de “cuatro anclas” (27.29) ha fascinado a muchos autores de sermones. En

nuestra investigación, hemos encontrado muchos sermones sobre las cuatro “anclas” espirituales que nos pueden preservar de los escollos rocosos. Dado que la única ancla espiritual que se menciona en las Escrituras es la “esperanza” (Hebreos 6.19), las listas son altamente subjetivas. La sugerencia de Lloyd Ogilvie parece ser la que mayor sentido tiene. Éste dijo lo siguiente: “Tal vez usted tenga su propio juego [de anclas] para preservarlo de las rocas... es crucial hacer una lista de las cuatro *que le han funcionado a usted*. Anime entonces, a la gente, a identificar sus propias anclas”.³⁰

Haciéndose miembro de la Iglesia del Señor

Pregunta: ¿Cómo es que las personas del primer siglo llegaban a ser miembros de la iglesia del Señor, y cómo podemos nosotros llegar a ser miembros de su iglesia hoy día?

Respuesta: La iglesia es el cuerpo de gente que ha sido salvada por la sangre de Cristo. Por lo tanto, consiste de gente que ha sido pecadora, que ha estado perdida, que se ha apropiado de la gracia de Dios. De modo que los infantes no tienen necesidad de la iglesia. Los bebés y los niños pequeños están *seguros*; no tienen necesidad de ser salvos (Mateo 18:3). Pero cuando uno tiene edad suficiente para reconocer que el pecado es rebelión contra Dios, uno peca (Romanos 3:23) y el tal tiene necesidad de salvación. Cristo murió para salvar al pecador (1 Corintios 15:3), pero ¿qué debe hacer el pecador para apropiarse de lo que Cristo ha hecho? Primero necesita aprender de Cristo (Juan 6:45; Mateo 28:18-20). Lo anterior produce fe en su corazón (Romanos 10:17) y confianza en Cristo lo cual causa que confiese a Jesús delante de los demás (Romanos 10:9–10). Esta fe debe producir arrepentimiento (Hechos 2:37–38) y llevarle al bautismo (Marcos 16:16), el cual es una sepultura (Romanos 6:3–4) en el agua (Hechos 10:47). El día que la iglesia fue establecida, los que hicieron estas cosas fueron añadidos por el Señor a su iglesia (Hechos 2:38, 41, 47). En 1 Corintios 12:13, Pablo hizo énfasis en que aquéllos que son guiados por las enseñanzas del Espíritu son “bautizados en un cuerpo”, el cual es la iglesia (Colosenses 1:18). Dado que la iglesia es el cuerpo de los salvos, lo que hace que una persona sea miembro de la iglesia es lo que le salva, y ¡lo que le salva es lo que le hace miembro de la iglesia!

²⁸ Si esta lección se usa como sermón, la invitación podría regresar a la sugerencia número 4: “Déle curso al plan”. El “plan” de Dios para el pecador alienado es creer, arrepentirse y bautizarse (Marcos 16.15–16; Hechos 2.38). ²⁹ Adaptado de: Rick Atchley, “Anchors for the Anxious” (“Anclas para el ansioso”), sermón predicado en la Iglesia de Cristo Southern Hills, Abilene, Texas, el 19 de abril de 1987. ³⁰ Lloyd Ogilvie, *The Communicator’s Commentary*, vol. 5, *Acts* (Dallas, Tex.: Word Publishing, 1983), 349; énfasis nuestro.